

# El puente

---

Erich Tang  
erick\_tank@hotmail.com

**L**as feministas han cerrado las calles, la universidad y la esperanza de llegar a tiempo al trabajo. La lucha por la eliminación de toda forma de acoso, sobre todo sexual, por parte de maestros y todo tipo de autoridades académicas nos ha alcanzado a todos. Cientos de personas fuimos obligadas a bajar del transporte público y caminar bajo el rayo del sol, ahora marchamos como acarreados sobre calles y banquetas que arden, somos el efecto colateral de la lucha, la masa, el agente lego que, por obligación, se solidariza con la causa. La ciudad parece colapsar, la violencia dentro de las aulas es incontenible y ahora se derrama por las calles de la misma forma que la canícula a finales de la primavera, pero no hay más remedio que seguir caminando. Al llegar al cruce con el Paseo de los Constituyentes veo ese puente que se tiende majestuoso sobre más de media docena de calles, su sombra es un resguardo, un refugio para peatones y automovilistas atrapados en este mundo falocéntrico a punto de colapsar. Pocas veces tomamos conciencia de la magnitud de los viaductos, pasos a desnivel o puentes vehiculares, esas moles inmensas fruto de la ingeniería, la física y la ciencia social de este país se plantan en las

ciudades como arterias de un sistema circulatorio. Estructuras destinadas a mantener la vida urbana, a mover millones de autos y obreros de un lugar a otro. Después de caminar más de un kilómetro me detengo a descansar bajo la sombra del puente, necesito recuperar fuerza antes de escuchar los reclamos del supervisor por llegar tarde al trabajo. Considero que media hora tarde no es importante, hoy las feministas me amparan, somos compañeros.

Me siento en la banqueta y en breves segundos estoy rodeado de compañeros acarreados, a mi derecha y mi izquierda hay varias personas portando cámaras profesionales, seguramente son periodistas. Veo a todos con la mirada puesta en sus pantallas, sin duda la conexión gratuita nos beneficia:

—Bro, voy un poco tarde. Hay manifestación de las feministas.

—No digas mamadas y corre. Cinco minutos más y te descuento el día.

Treinta y tres grados de temperatura, parece que el mundo se va a derretir, sin embargo, las manifestantes van vestidas de negro con pasamontañas y *pashminas* rodeando sus cuellos, cubriendo sus rostros y cabelleras. Ellas reparten volantes informativos y muestran cartulinas con frases pidiendo el derrocamiento del paradigma patriarcal.

Con el paso de los años, esta sombra debajo del puente ha sido ocupada por una variedad inmensa de giros comerciales, las jardineras y las bancas han desaparecido debajo de puestos ambulantes con venta de discos, ropa, películas y garnachas de todo tipo.

Una pareja de vendedores camina entre el embotellamiento, recorre la línea de autos estacionados ofreciendo piñas. Es una pareja fresca y dulce como su producto, ella embelesa a los conductores mostrando trozos de fruta chorreada con *chamoy* mientras regala una sonrisa que seguramente no pasa de los diez y siete años. Al mismo tiempo él seduce a posibles compradores con los precios: 10 pesos por una piña, dos piezas por 15, o mejor aún, bolsa con

5 piezas por 25 pesos. El calor no significa nada para ellos, por el momento se encuentran al resguardo del puente, a la sombra del concreto, así, sonrientes y presurosos, van de un auto a otro, de una ventanilla a la otra para abarcar el mayor número de clientes.

Frente a mí, al interior de un auto, un hombre y una mujer recostados muy cómodamente clavan la vista sobre sus teléfonos. Ella descansa sus pies desnudos sobre el tablero, ha reclinado su respaldo hasta quedar recostada como si estuviera en un camastro sobre la playa al tiempo que recibe la brisa marina desde un pequeño ventilador colgando del espejo retrovisor. Parece no importarles el caos. Por unos segundos, ella despega la vista de la pantalla.

— ¡Mi amor, mi amor!, cómprame una bolsa de piñas... ¡mira, amor!, ¡mira... piñas!

— Ya te compré muchas cosas esta semana, espérame tantito.

— Una bolsita, corazón... *plis*.

Ese atuendo deportivo embarrado sobre un cuerpo rígido, el depilado perfecto, las piernas tersamente bronceadas, firmes y delgadas me obligan a no perder ni un ápice de la conversación. Ella se inspecciona la punta del dedo gordo.

— Cómprame unas piñas para lavarme los pies. Mira, se me están agrietando. La piña es *detox*, mi amor.

Él, sin despegar la vista de la pantalla, contesta.

— Aguanta, bebé, ¿no ves que estamos parados?

— ¿Eso qué tiene qué ver?

— Cómo quieres que te compre piñas si estamos parados.

— Güey, ya ves como nunca me pones atención, deja tu *wats* y ponme atención.

El tipo apenas alza la vista por una fracción de segundo.

—Mañana te compro una bolsa de 25, o dos bolsas. Mañana te compro lo que quieras.

—¿Por qué siempre dejas todo para mañana?

—Porque mañana me pagan, amorcito, nomás por eso.

—No chingues, amor... ¿veinticinco, no traes pinches veinticinco pesos?

—¿Tú no puedes esperarte para mañana? Estos güeyes van a estar aquí vendiendo mañana, pasado mañana y siempre. Siempre están vendiendo.

Me acomodo para ver la cara del tipo al momento que le sueltan una verdad de ese tamaño. Debe ser difícil no tener veinticinco pesos.

Ahora, ambos se dedican a buscar dentro del auto, buscan entre el freno de mano y la palanca de velocidades, en la guantera y cerca de las puertas. De pronto aparecen unas cuantas monedas entre sus manos.

—Aquí hay una de a cinco, dos pesos... uno... dos...

—Te completo diez, amiga, ¿para cuántas me alcanza?

Sin decir una palabra, sin hacer aspavientos, la adolescente vendedora entrega la sororidad materializada en dos piñas al tiempo que recibe las monedas. Con la mirada le dice que ella entiende que en ocasiones los proveedores fallan. Le guiña el ojo a su socio al mismo tiempo que le tira un beso. Él, de inmediato ofrece dos bolsitas con chile en polvo y ambos siguen de largo con sus ventas.

—¿Diez pesos..., sólo diez? De verdad sí eres bastante inútil, no me digas que no traes nada, nada.

—Así, no traigo y ya. Mañana cae el pago.

—¿Por qué tienes tanta seguridad en el mañana?

— Porque ya cayeron los cheques, yo mismo deposité mis cheques, aquí la *app* me está diciendo que caen depósitos, los pinches gatos me están reportando que ya hicieron los depósitos, entonces no pasa de 24 horas, recibo la clave para los retiros y ya. Mañana está el dinero en la cuenta. Pinches viejas pederas.

— ¿Te parezco pederera por cuidar mis pies?

— No, no, no. Yo no dije que tú, yo dije: *esas* pinches viejas pederas.

— Por eso, amor. Quieres decir todas, dijiste *esas, esas*, o sea todas y ninguna. Eres un puto macho opresor.

— ¡Macho opresor, macho opresor!, ¡de dónde sacas eso! ¿Macho opresor?

— Pues así se dice, no eres compañero.

— ¡Ay, güey! Ahora sí te la jalaste, “compañera”.

— Güey, no entiendes nada. El día que tu opinión mida veinte centímetros, me la das, mientras sigue manejando.

— A dónde quieres que maneje si tus *compañeras* no nos dejan pasar.

— Ya ves, no sirves para nada.

— A chingá. Si tú muy chingona, entonces vete caminando. Anda, anda, vete con las feministas, para eso sí te doy permiso.

— Quisieras que me fuera con las feministas, pero con este pinche calorón no voy ni a la esquina.

— Y con pasamontañas bebé, eso sí está muy cabrón. Mira a esa pobre morra con su pasamontañas bajo el rayo del sol. Se deben estar cocinando las pobrecitas compañeras.

— ¿Pobre morra, pobre morra? No sabes nada, neta no entiendes nada, qué tiene de pobre la morra, a todas se les ve muy contentas... Tú no sabes nada, esos “pasamontañas” no son pasamontañas, son una pañoleta de tela especial, están diseñados con fibras anti gas lacrimógeno, anti sudor, calor, ataque químico, anti todo, la usan los combatientes sirios, en Yemen, en todas las guerras. Tú no sabes nada, tú eres macho y por eso crees que ellas son pobrecitas estúpidas y sufren, pero no, son feministas profesionales, a leguas se les nota.

—Lo que sea... te compro tu pañoleta profesional y una lata de *spray* morado para que te salgas a rayar paredes y dejes de estar chingando con tus piñas.

—Güey, no traes para unas pinches piñas y me quieres mandar con las feministas. No te alcanza.

—Güey, ya tienes tus piñas, ahora de qué te quejas.

—Te digo que no son las piñas sino tu acción. Como cualquier macho no entiendes nada. Si me mandas con las feministas, a mí me compras un trapito árabe y unas botas de esas de costuras amarillas. No voy a llegar a la marcha toda jodida.

—Excelente, excelente, mi amor. Va, acepto. Sí, acepto. Se ven muy bien esas botitas. Pantalón negro y playera negra estilo *Sara Connor*. Te verías hermosa con tu trapito amarrado a la cabeza mostrando sólo tus ojos. Wow, acepto.

—¿Me queda el *look* feminista, bebé?, ¿te gustan mis ojos?

—Me encantan tus pestañas. El negro siempre te ha quedado bien, mi amor. Y con tu trapito árabe y unas botas tipo militar te vas a ver bien perra, bien bélica.

—¿De verdad lo crees? Porque ya estoy pidiendo mis botas en *Amazon*.

—Sí, mi amor. Pídelas, es pago con tarjeta, no hay bronca. Pide también el trapito árabe.

Montados en ese auto reluciente, deportivo y clase mediero me parecen estúpidos y banales como banal es lavarse los pies con piñas.

Debajo del puente, en un rincón fresco, rodeado por puestos semifijos donde expenden fritangas, dulces, discos, ropa y cigarros sueltos, la pareja de vendedores de piñas ahora descansa, cruzan sus miradas y sus dedos como solo los enamorados pueden hacerlo, se miran las manos, se acurrucan, se besan con sabor a piña con *chamoy*. También se dan un instante, una minúscula separación para meter las manos en los bolsillos y hacer aparecer encendedor y pipa de vidrio. La prenden y segundos después, humo blanco y denso como su

amor aparece en aquellos artefactos traslúcidos. Sin duda, ellos son un ejemplo del amor eterno. Se miran fijamente a los ojos al mismo tiempo que guardan sus pipas, juntan sus labios y seguramente, sus lenguas se rozan. Acto seguido, de sus fosas nasales sale un torrente de humo blanco, pulcramente blanco como su amor. Así, juntando sus labios, con los ojos cerrados mirándose desde lo más profundo del alma, exhalan, sonrían. Después de un breve descanso, después de dos o tres prendidas de pipa, corren recargados de energía. Corren tomados de la mano al fuego torrencial, debajo del sol, allá donde construyen su futuro, lugar para ser felices, para seguir vendiendo piñas. Decido no llegar al trabajo, fallarle al patrón y disfrutar de la sombra, la frescura de la juventud emprendedora y la rebeldía de las compañeras.

**Sobre el autor:**

Erich Tang Lerma nació en Querétaro, México, un 13 de abril de 1976. Es licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Querétaro, docente, corrector de estilo, escritor y cocinero. Ha publicado cuento, ensayo, crónica y opinión literaria en distintos medios locales, nacionales e internacionales, Premio estatal de Cuento 2002; en 2011 fundó el proyecto “La Testadura” una literatura de paso. Desde mayo del 2013 dirige “Pasillo Perspectiva, poesía en voz alta, proyecto multidisciplinario”. Autor de la columna: “Para Cultivarte” publicación quincenal *El Mensajero de la Sierra*, 2014-15. Recientemente ha publicado su primera novela, *Indiciados* en Ediciones La Copia, 2024.